

El por qué del paisaje actual de la Meseta Norte

ESTANISLAO DE LUIS CALABUIG

Catedrático de Ecología

Universidad de León

La situación geográfica de la Península Ibérica confiere una serie de características que se manifiestan en una diversidad importante de la vegetación potencial. De una manera global podría encuadrarse en la zona de clima típicamente mediterráneo, pero sometida a una serie de variaciones en forma de gradiente que son las multiplicadoras de su diversificación, como puede ser la influencia atlántica o el efecto de la continentalidad, junto a las propias alternativas determinadas por su orografía. El gradiente oscila entre las características propias del clima estrictamente mediterráneo con veranos largos y secos, de elevadas temperaturas, lluvias en verano escasas que, de existir, es como tormentas, y precipitaciones durante el invierno con un total anual relativamente no muy elevado, hasta la zona de dominio eurosiberiano, donde las perturbaciones atlánticas del frente polar alcanzan la costa norte y noroeste determinando unas condiciones de mayor humedad, moderándose al mismo tiempo las fluctuaciones atmosféricas por la influencia marina. Las precipitaciones, superiores a las de la región mediterránea, se reparten más equitativamente a lo largo del año, aunque se sigue manteniendo el mínimo en el verano, disminuyendo el período de aridez y moderándose las oscilaciones de temperatura.

Bajo estas condiciones climáticas, que no son precisamente las mejores para un desarrollo fácil de la vegetación, solamente podrán subsistir aquellas plantas a las que la evolución haya dotado con una perfecta adaptación. La respuesta de esa evolución ha sido la esclerofilia y la presencia de hojas perennes, disminuyendo en esas necesidades a medida que aumenta la influencia atlántica.

Manteniendo ese esquema, y en relación al gradiente mencionado, la submeseta norte se cubrió de encinas, enebros, robles y hayas en una perfecta dinámica espacial y con todos los juegos posibles de influencias mesoclimáticas, edáficas y orográficas, que se traducen en definitiva en un gradiente de especies dominantes en función de la altitud, latitud y humedad edáfica, manteniéndose unas relaciones fisiológicas que, fundamentalmente, tienden a vencer la fuerte estacionalidad y las grandes variaciones anuales, el balance de humedad a través de la evapotranspiración y la adaptación a una corta estación de crecimiento vegetativo.

Desde el punto de vista geológico-histórico ha habido un cambio de clima en el mediterráneo, de mayor importancia en el este, que ha provocado procesos de desertización independientemente de los cambios provocados por la actividad humana. Algunas pruebas paleontológicas y arqueológicas pueden demostrar tales cambios. Entre los años 6000-3000 a.C. había una gran humedad y lluvia, con exuberante vegetación y fauna. Hacia el 2000 a.C. aparece una fuerte desecación con unas condiciones de sequía superiores a las actuales. En torno al 1000 a.C. hay muy pocas variaciones del clima, manteniéndose una pauta similar durante el período histórico.

Aunque no son muchas las referencias históricas, al menos puede hacerse un seguimiento del cual ha sido el comportamiento y las actuaciones de los distintos pobladores de nuestro territorio. Suele contarse como versión histórica fidedigna que gran parte de la Península Ibérica, por no decir toda, se halló durante tiempos, que aún puede recordar el hombre, cubierta completamente de bosques. Parece comprobado por estudios paleontológicos que en el final del período Magdaleniense sobrevienen en el Norte de Europa transformaciones geológicas que contribuyen a que el clima cambie en general y a que especies vegetales y animales se desplacen, empezándose a cubrir por grandes bosques aquellos espacios ocupados anteriormente por los hielos.

De esa primera situación, que podemos admitir como cierta, hasta lo que actualmente contemplamos a lo largo y ancho de nuestra geografía, dista un período de tiempo cubierto de hechos continuados que han llevado a cabo la mañana deforestación. ¿Cómo es posible que la submeseta norte, que antiguamente fue un denso bosque, no sea hoy más que un inmenso calvero en la frontera climática de una imparable desertización?

ANÁLISIS DE LOS PROCESOS DE DEGRADACIÓN

Es necesario hacer revisión de los condicionantes históricos que han ocasionado la ruina forestal de este país, pero parece conveniente señalar ahora de forma analítica todo el conjunto de actitudes y consecuencias del desarrollo, directas o indirectas, que pueden definirse como determinantes.

A lo largo del proceso histórico han influido en la deforestación las actividades ganaderas y fundamentalmente la agricultura.

Otros fines pacíficos tenían su fuente material en la madera de los bosques mediterráneos y atlánticos, como la utilizada en las construcciones urbanas, en la rudimentaria industria de aquel entonces o en los aperos de labranza y útiles domésticos, además de la que normalmente se consumía como fuente de energía prioritaria. Cabe pensar que todos estos usos no fueron, en absoluto, determinantes de la situación actual, aunque en algunos casos puntuales dejaran notar sus efectos o en otros se definieran con cierta selectividad en la explotación, favoreciendo, por consiguiente, la permanencia de algunas especies en detrimento de otras.

La madera explotada para leña ha sido desde siempre una de las formas más equilibradas de explotación del bosque y, o bien directamente o como complemento en la obtención de carbón vegetal o cisco, nunca ha provocado grandes desastres.

Sin embargo, en esa primera fase, el hombre ha esgrimido otras disculpas para conseguir objetivos similares. Las talas enormes o las quemas, con el único interés de aclarar el terreno como elemento defensivo u ofensivo en las muchas guerras que se han sucedido en nuestra península, han propiciado en enormes extensiones paisajes de páramo duros e inhóspitos sin apenas presencia arbórea, como el que se nos presenta en la geografía meseteña.

También relacionado con las empresas bélicas y el mantenimiento de conexión estratégica de aquel Imperio que daba la vuelta al mundo, ya se ha comentado la gran cantidad de madera utilizada en las construcciones navales.

Paso a paso, el progreso va dejando su huella marcada en los bosques y, al igual que ocurría con el desarrollo naval, la aparición como medio de transporte del ferrocarril, en un proceso relativamente rápido, introduce un peligro añadido por la ingente cantidad de metros cúbicos de madera de cierto grosor que se transforma en traviesas en miles de kilómetros de la red ferroviaria, hasta que, no hace mucho tiempo, son sustituidas por materiales más modernos.

La era industrial trae consigo el riesgo de la eliminación de los bosques a larga distancia y en proporciones que pueden superar en mucho las actuaciones anteriores. La contaminación atmosférica, como un complejo conjunto de causas que se inscriben en el amplio marco de las actividades ligadas a la producción y consumo de energía y al desarrollo tecnológico e industrial, ha provocado cambios en el entorno del desarrollo fisiológico de los vegetales, alterando profundamente sustratos y medios, que están ocasionando un desastre gradual y progresivo en gran escala. Efecto invernadero o lluvias ácidas son términos de uso común en nuestros días y de nefastas consecuencias en las pocas masas boscosas que aún nos quedan.

Junto a la contaminación atmosférica, los incendiarios forestales, los sistemas de repoblación y las grandes obras humanas, son los jinetes apocalípticos que actualmente cabalgan sobre bosques, descargando sobre ellos todos los malos augurios del progreso del hombre.

Los incendios forestales no son, por supuesto, nada novedosos, pero tienen en la actualidad nuevos matices de interacciones entre los usos del suelo que se añaden al histórico triángulo de odio bosque-pasto-cultivo.

La política de repoblación ha llevado a unas situaciones con un riesgo superior. Las especies utilizadas son fundamentalmente alóctonas y con condiciones de crecimiento rápido, a fin de poder capitalizar rápidamente las inversiones, para reincorporarlas lo más pronto posible al mercado como productos altamente solicitados por el consumo humano, como el papel, el conglomerado o la madera de construcción. Resulta muy difícil concienciar al hombre para que siembre árboles sabiendo que no va a poder disfrutar de su sombra.

Las expansiones urbanas, explotaciones mineras a cielo abierto y las obras de infraestructura de la nueva tecnología humana (vías de comunicación, grandes presas, etc.) contribuyen también en gran medida en los procesos de deforestación, aislando y cercenando las masas boscosas con todo el funcionamiento vital que llevan consigo.

Y con todas ellas, desde siempre y, si cabe, con mayor virulencia en la actualidad por la capacidad de dispersión añadida a través del hombre, las enfermedades de los árboles dejan notar su presencia, llegando en algunos casos a producir una ola de exterminio imparable, como en el caso de la grafiosis de los negrillos.

Los impactos de todo este proceso son imprevisibles en cuanto a sus últimas consecuencias, pero de momento se traduce en suelos yermos y desnudos, calveros desdeidos o tierras carbonizadas y esqueléticas, que tras los continuos e imparables golpes de precipitaciones y vientos erosionan todo aquello que encuentran a su alcance.

Pero aún quedan algunos relictos donde el bosque mantiene su porte esbelto y su belleza de complejidad y dinamismo, aunque sea en lugares que la historia y la orografía los ha mantenido más inaccesibles a las necesidades o veleidades del hombre. Sobre estas zonas es en las que hay que actuar urgentemente a fin de conservar, al menos, el recuerdo de lo que fue nuestro glorioso pasado verde y frondoso. Y como complemento, y ya en el óptimo de lo que debería ser la política forestal de cualquier región del globo, tratar de recuperar para la naturaleza su verdadera identidad repoblando con especies autóctonas, aunque sólo sea como un tributo a los daños producidos y, sobre todo, porque de ello dependerá también la vida del hombre sobre este planeta.